

Material de formación política de la «Cátedra Che Guevara – Colectivo AMAUTA»



¿Foquismo?

(A propósito de Mario Roberto
Santucho y el pensamiento político
de la tradición guevarista¹)

Néstor Kohan

(Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta)

“Sería un contrasentido subordinar el punto de vista político al militar,
ya que la política engendra la guerra; ella es la inteligencia
y la guerra no es más que su instrumento, y no a la inversa...
La subordinación del punto de vista militar al político,
es la única posibilidad que queda”.

[La política ha dado nacimiento a la guerra]

Extractos y anotaciones de Lenin [1915]

a De la guerra de Carl von Clausewitz

“Toda lucha política tiene siempre un sustrato militar”

Antonio Gramsci: Cuaderno de la cárcel N°1 [1929-1930]

Ni «dementes» ni «irracionales»

Hay compañeros que, aunque ya no están, siguen presentes. Recordarlos no es sólo hacer memoria. Es, también, una manera de marcar una continuidad histórica. Recuperar sus luchas resulta imprescindible para no permitir que nos fracturen y nos quiebren en nuestra subjetividad. Para que cada nueva generación no tenga que comenzar de cero, desconcertada, arrodillada y mirando sumisamente el suelo, sino de pie y apoyada en las experiencias y los hombros de las generaciones que nos precedieron.

¹ El siguiente texto fue elaborado a partir de una clase pública de homenaje a Mario Roberto Santucho, realizada la noche del 19 de julio de 2002, a 26 años de su asesinato. Fue incorporado a nuestro libro *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder* [Buenos Aires, Nuestra América, 2005]. Cinco años después, continuamos recordando a Robi y suscribiendo las mismas opiniones.

Con la clase de hoy, queremos expresar nuestro emocionado homenaje a Mario Roberto Santucho (1936-1976), cuando se cumple un nuevo aniversario de su asesinato².

Trataremos de reconstruir las fuentes ideológicas que marcaron sus lecturas teóricas y su pensamiento político, relacionando ambos con el pensamiento del Che Guevara.

Intentamos hacer este análisis para no quedarnos en un mito. Porque así como la derecha intenta convertir a nuestros mejores compañeros en mitos –como pretendieron hacerlo con el Che-, con Santucho sucede algo análogo. Aunque seguramente no del mismo modo que con el Che, porque nadie usaría remeras con la cara de Robi [sobrenombre de Santucho]... ya que Santucho sigue siendo un personaje “endemoniado” para la sociedad oficial argentina. Pero, a su modo, la derecha ha construido el mito de Santucho..., el “tira-tiros”..., el “tira-bombas”... Entonces a veces los sectores populares, para contrarrestar y responder a esa visión macartista y oficial, terminan aceptando y reivindicando esa misma imagen de Santucho, aunque invertida, sin atender al conjunto de su obra, su pensamiento político y su personalidad.

Para la cultura oficial argentina, durante décadas, el sólo hecho de mencionar o escribir el nombre de Santucho constituyó un “pecado” imperdonable. En los labios del poder Santucho fue el sinónimo de todo aquello que, en tiempos del general Videla, se pretendió aniquilar y, durante las dos décadas siguientes, extirpar de la memoria popular.

En los relatos ensayísticos y periodísticos, posteriores a la dictadura militar, su corriente política fue estigmatizada como un demonio y satanizada hasta el hastío. Aunque esa demonización de la izquierda revolucionaria apuntaba contra el conjunto de la generación de los '60 y '70, los ideólogos del poder se ensañaron con la figura de Santucho. Se lo convirtió en un fantasma monstruoso y maldito.

Sometiendo a discusión esos relatos apologéticos y oficiales, no podemos analizar su pensamiento sin antes dejar bien en claro que esa generación, la generación de Robi Santucho y sus compañeros y compañeras, no se lanzó a la insurgencia y a la lucha armada ni arriesgó su vida porque le surgió repentinamente un “delirio mesiánico” –como nos dice hoy toda la derecha-, ni tampoco porque era “foquista” –como nos sugiere alguna parte de la izquierda-, sino porque había realizado un meditado análisis previo de la historia social del continente y de sus condiciones políticas. La lucha político-militar de la corriente de Santucho no fue “irracional”, ni “demencial”, ni respondía a un deseo de “adrenalina”. No eran “jóvenes dementes y aventureros”, ansiosos por vivir peripecias extrañas o extravagantes. Existía en ellos y ellas **un tipo de análisis específicamente político**, sustentado en una elaborada reflexión sociológica e historiográfica sobre las contradicciones del capitalismo argentino y la impotencia histórica de sus clases sociales dirigentes y dominantes para emancipar el país.

² El lunes 19 de julio de 1976, en tiempos de la sangrienta dictadura del general Videla, una patrulla del Ejército argentino al mando del capitán Juan Carlos Leonetti irrumpe en el departamento del barrio de Villa Martelli [Capital Federal] donde se encuentra escondida parte de la dirección de la insurgencia argentina: Mario Roberto Santucho, Liliana Delfino (compañera de Santucho), Ana María Lanzillotto (compañera de Domingo Menna, embarazada de ocho meses), Benito Urteaga y su hijo José, de dos años. Ante la súbita irrupción del Ejército, Santucho se defiende disparando y logra ultimar a Leonetti. A pesar de eso, los dirigentes guevaristas argentinos son capturados y asesinados (hasta el momento no se conoce qué sucedió con los cuerpos, aunque se presume que los cadáveres fueron enterrados clandestinamente en el cuartel militar de Campo de Mayo [provincia de Buenos Aires], donde funcionaba uno de los campos de concentración de la dictadura). Las dos mujeres son secuestradas, trasladadas a ese campo de concentración, torturadas y asesinadas. Esa misma noche Santucho iba a viajar hacia La Habana. El hijo de Urteaga fue entregado a la familia paterna. Jamás se supo el destino del bebé que esperaba Ana Lanzillotto.

A contramano de lo que sugieren los relatos del poder y los politicólogos adscriptos a la teoría socialdemócrata de “la transición a la democracia” (que satanizaron a la insurgencia guevarista responsabilizándola, incluso, por el golpe de 1976), en la tradición marxista **la lucha político-militar, en la que Santucho entregó su vida, ha sido siempre prolongación de un pensamiento político y de una lucha política**, y no al revés. Robi lo tenía muy presente.

Luego de años y años de propaganda burguesa, que intentó demonizar a estos revolucionarios, remarcar ese tipo de **pensamiento específicamente político** resulta hoy impostergable.

Esta es la razón por la que, en las líneas que siguen, nos interesa analizar las categorías políticas que estructuraron la visión social del mundo de Robi y cómo éstas fueron transformándose a lo largo del tiempo... Porque nadie nace marxista, ni socialista, ni comunista, ni revolucionario, sino que se va construyendo como tal. Por eso nos interesa discutir la conformación del pensamiento real de Santucho.

Antes de abordar directamente nuestro tema, conviene realizar una mínima aclaración. La relación de Santucho con el guevarismo en general, y con Ernesto Guevara en particular, no es una relación directa, en el sentido que Santucho nunca conoció personalmente al Che.

Nosotros ponemos el énfasis en una **relación política** y en la continuidad de una **línea ideológica**, no en la cuestión biográfica de si conversó o tomó café con el Che. Porque en el mismo sentido, Lenin no lo vio nunca a Marx. Gramsci tampoco. Jamás se sentaron a tomar cerveza con Marx, ni con Engels. Fidel Castro nunca compartió una velada con José Martí.

Sin embargo, pocos pondrían en discusión que entre ellos existe una estrecha ligazón. En el caso de la relación de Santucho con el Che sucede lo mismo. A nivel biográfico quizás nunca se cruzaron pero hay una trayectoria político-ideológica marcadamente común...

Un hijo del marxismo latinoamericano

Una de las hipótesis de trabajo que se podrían plantear es que **Santucho forma parte sustancial y central del marxismo latinoamericano**. Es parte de su historia, de una historia que no nace en los años '60 sino que es muy anterior. Eso se nota en la primera formación ideológica de Robi.

Entre los muchos hermanos de la familia Santucho, uno de ellos, Amílcar, era del Partido Comunista (PCA) argentino. Otro, que tuvo mucha más influencia sobre Roberto, Francisco René, era indigenista, “aprista”, seguidor del APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana, organización política peruana surgida en la década de 1920 que sigue existiendo en la actualidad].

Francisco René dirigía una librería en la provincia de Santiago del Estero y publicaba una revista llamada *Dimensión*. En sus comienzos, este hermano de Robi estaba muy influido por la ideología de Víctor Raúl Haya de La Torre [1895-1979].

Según los parámetros de esta cosmovisión inicial, compartida por Mario Roberto y Francisco René, que luego entra en crisis a partir del cruce con la organización Palabra Obrera, nuestro continente es denominado “Indoamérica” y no Latinoamérica. En una aclaración al pie, que figura en un texto de 1959 titulado *Integración de América Latina*, Francisco René señala que: “*Preferimos **indoamericano** a latinoamericano o hispanoamericano, por las mismas razones aducidas por los apristas peruanos*”

*generalizadores del término. Creemos como ellos que así se define mejor una peculiaridad que hoy se da en el hemisferio*³.

De este modo, el primer guía intelectual de Mario Roberto Santucho sigue casi al pie de la letra a los discípulos de Haya de La Torre. Su razonamiento es el siguiente: el componente fundamental de este continente es indígena, por lo tanto vamos a referirnos siempre a Indoamérica. De ahí que la primera organización política en la que participan estos hermanos (Francisco René y Mario Roberto) se llame Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP). Francisco René es el hermano que más influencia tiene sobre Roberto.

Esta tradición de pensamiento indoamericanista también está presente en otros revolucionarios latinoamericanos de aquella época. A la hora de explicarse la propia historia de nuestra América, como la llamaba José Martí, el indoamericanismo se planteó principalmente, en el ámbito historiográfico.

Tratando de ver qué herramientas empleaban a nivel historiográfico para explicarse la historia de Indoamérica, encontramos que, además de los textos de Haya de La Torre, también utilizaban los libros de Juan José Hernández Arregui [1912-1974], un escritor nacionalista del interior de nuestro país. Un hombre muy erudito.

Hernández Arregui tenía una hipótesis muy fuerte: era muy crítico de la ciudad de Buenos Aires. Sostenía que la capital de la Argentina, era una “ciudad-puerto de espaldas al país y de cara a Europa”. En cambio, el interior era explotado, pues... era Indoamérica. Buenos Aires pertenece a Europa. Aunque, a diferencia de Haya de La Torre, Hernández Arregui era muy hispanista. Por oposición a la historiografía liberal, que era más anglófila, él defendía mucho la herencia española en nuestra historia (esa era una diferencia importante con los indoamericanistas...).

En los orígenes del FRIP encontramos esta idea de que Buenos Aires está de espaldas al país. No se dice que es “una ciudad burguesa” pero se tiende a pensar de este modo... Y también nos encontramos con la idea que la vanguardia revolucionaria de la clase trabajadora se encuentra en el noroeste Argentino.

En esos primeros documentos del FRIP de inicios de los '60 y en esa primera formación ideológica también se utilizaban categorías de Silvio Frondizi [1907-1974], un sociólogo e historiador que, al igual que el anterior, era crítico del tipo de desarrollo del capitalismo argentino. Pero a diferencia de Hernández Arregui, Silvio Frondizi no era peronista ni nacionalista. Cuestionaba muy duramente la supuesta “progresividad” de la burguesía nacional y en consecuencia del peronismo.

A los ojos de estos jóvenes con inquietudes revolucionarias y contestatarias, Silvio Frondizi⁴ no sólo aportaba sus análisis sociológicos. También les proporcionaba una pista importante para descifrar la revolución cubana, a la cual Frondizi adhería en forma entusiasta ya que la había conocido de primera mano.

Las tratativas para que Silvio Frondizi pudiera viajar a Cuba estuvieron a cargo de Ricardo Napurí (militante de origen peruano, radicado en Argentina, del grupo Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR Praxis, liderado por Silvio Frondizi). En Buenos Aires, Napurí venía formando parte del Comité de apoyo al Movimiento 26 de julio que se gestó en 1956. Cuando triunfa la revolución, viaja inmediatamente a La

³ Cfr. Francisco René Santucho: *Integración de América Latina*. Santiago del Estero, Cuadernos Dimensión, 1959.

⁴ Conviene no confundir a Silvio Frondizi, marxista revolucionario, con su hermano Arturo Frondizi, presidente argentino (1958-1962) y hombre de derecha, proimperialista, defensor de los capitales norteamericanos en la Argentina, que culminó su carrera política defendiendo a los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas. Tampoco con su otro hermano, el académico Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires y célebre filósofo –especializado en la teoría axiológica de los valores-, que no tuvo una gran participación política como sus otros dos hermanos.

Habana (8 de enero de 1959), junto a la madre del Che, y a numerosos residentes cubanos en la Argentina. Según el testimonio posterior de Napurí, en esos meses Guevara plantea que se necesitan intelectuales para discutir con el movimiento estudiantil cubano. Napurí sugiere el nombre de Silvio Frondizi. Éste viaja a La Habana invitado por el Che y tiene con él varias entrevistas, tras las cuales Guevara le sugiere que permanezca en Cuba trabajando en la esfera de la cultura y la ideología. Silvio Frondizi decide volver para Argentina pero ofrece su colaboración proponiendo una editorial, vinculada a la revolución cubana, con sede en Montevideo. A su regreso, redacta y publica en Uruguay *La revolución cubana. Su significación histórica* (diciembre de 1960). En este texto, Silvio Frondizi propone una interpretación del proceso revolucionario cubano sumamente diferente al que luego consagrarán los partidos comunistas latinoamericanos, vinculados a la Unión Soviética.

Su libro se abre planteando que *“La revolución cubana ha destruido definitivamente el esquema reformista y, más concretamente, el esquema reaccionario del determinismo, casi fatalismo geopolítico [...]”*. Se cierra sosteniendo la misma idea: *“La revolución cubana tiene como significación histórica fundamental, la de haber roto definitivamente «con el esquema reformista, y en particular con el estúpido determinismo, casi fatalismo geopolítico»”*. Al mismo tiempo, en este balance inicial de la revolución, Frondizi formula uno de los primeros diagnósticos (antes que Fidel declarara públicamente el carácter socialista de la revolución) del proceso cubano en términos de revolución ininterrumpida y permanente: *“Empezó, como ya lo dijimos, con caracteres pequeño-burgueses de frente nacional, sin discriminaciones de ninguna clase; su meta fue al comienzo el derrocamiento de la dictadura de Batista. Bien pronto se transformó en una lucha antimperialista, con un frente más restringido, para concluir en una acción en profundidad en contra de determinados sectores de la burguesía nacional; es decir empieza a colocarse en los umbrales del socialismo”*⁵. En ese mismo libro, Frondizi vaticina que, en el orden interno, se plantea una disyuntiva: la revolución cubana se industrializa o se detiene (abriéndose, entonces, el peligro para su burocratización). De igual manera, propone que el mejor modo de frenar la ofensiva imperialista consiste en internacionalizar la revolución cubana. Todo este tipo de observaciones y sugerencias giran en torno a la polémica del autor frente a las posiciones de los partidos comunistas tradicionales, a los que califica de “reformistas” y “etapistas” y, por eso mismo, opositores a la internacionalización de la revolución cubana.

El balance de Frondizi no era ingenuo ni improvisado. Se asentaba en un extenso estudio previo sobre las condiciones del capitalismo latinoamericano, en tiempos de integración mundial imperialista, bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano. Esa investigación previa la había publicado pocos años antes en *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica* (en dos tomos, Tomo I: 1955 y Tomo II: 1956). Allí formulaba la hipótesis del agotamiento histórico del intento de las burguesías nacionales latinoamericanas por desarrollar un “capitalismo autónomo”. Como ejemplo puntual, en este texto Frondizi analiza el fenómeno peronista, ensayo frustrado de realizar –bajo una forma política bonapartista- la revolución democrático-burguesa en Argentina. De allí, Silvio Frondizi infería que el carácter de la revolución argentina y latinoamericana no podía ser otro que el de una revolución antimperialista y socialista (como fases de un mismo proceso ininterrumpido). Es por ello que, cuando viaja a

⁵ Cfr. Silvio Frondizi: *La revolución cubana. Su significación histórica*. Montevideo, Editorial Ciencias Políticas, 1960. Los párrafos citados en pp.16 y 149. El testimonio de Ricardo Napurí sobre el viaje de Frondizi a La Habana, en entrevista a Napurí realizada y publicada por *Herramienta* N°4, Buenos Aires, 1997.

Cuba, se encuentra con la confirmación del diagnóstico que él mismo había vaticinado y propuesto pocos años antes. Probablemente, ésa sea una de las razones principales por las que Frondizi defiende con tanto ahínco la revolución cubana en su libro de 1960.

Habría que esforzarse demasiado para no detectar y no reconocer la presencia de todo este cúmulo de lecturas en el pensamiento político maduro de Robi Santucho y en el modo como él y sus compañeros visualizaban la estrategia continental de la revolución cubana, de la que se sentían vitalmente parte.

El pensamiento de Santucho nunca se detuvo. Iba indagando y reexaminando sus ideas permanentemente. Aquella juvenil constelación ideológica, en gran medida impregnada por el nacionalismo cultural, experimentará, al paso del tiempo, un cambio notable.

La sombra de León Trotsky

En el invierno de 1963 se forma un acuerdo de frente único entre Palabra Obrera (organización trotskista, acaudillada por Nahuel Moreno [seudónimo de Hugo Miguel Bressano [1924-1987]]) y el FRIP (representado por cinco de sus miembros). Poco tiempo después, el FRIP se unifica con Palabra Obrera. Esta agrupación pertenecía a la Cuarta Internacional. Así nace como organización el PRT [Partido Revolucionario de los Trabajadores]. La Cuarta Internacional tenía en aquella época como principal dirigente y teórico a Ernest Mandel, el célebre economista belga que había participado en la polémica cubana de 1963-64, apoyando las posiciones del Che. En aquellos momentos, Moreno estaba unido con Mandel, después rompen entre sí en una dura polémica.

Entonces, a la hora de explicarse cómo ha sido nuestro continente, cómo ha sido la Argentina, cómo ha funcionado el capitalismo en nuestra sociedad, también se produce un cambio en los escritos y en la ideología de Santucho. Aparece la presencia de otro historiador, que había sido un militante orgánico de Palabra Obrera vinculado a Moreno: Milcíades Peña [1933-1965].

Cuando produjo su obra historiográfica, Peña era muy joven (se suicidó cuando tenía tan sólo 32 años). La mayor parte de sus trabajos –que en su conjunto conformaban una *Historia del pueblo argentino*– fue publicada póstumamente. Su producción resulta muy distinta de la historiografía tradicional. Tanto de la corriente liberal burguesa (Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López) como también de la historiografía oficial del Partido Comunista (Leonardo Paso), del peronismo de izquierda (Rodolfo Puiggrós [1906-1980]) y de la izquierda nacional (Abelardo Ramos [1921-1991]). En los escritos teóricos de Peña, la revolución cubana jugaba un papel importante. Operaba como una corroboración empírica, pues le resultaba útil para cuestionar aquel etapismo historiográfico que se esforzaba por inventar en sus relatos del pasado una supuesta América Latina colonial –bajo dominio español y portugués– de tipo “feudal” para, de este modo, rechazar en el futuro la pertinencia de la revolución socialista. En este sentido, Peña señalaba: “*Baste decir que la conocida teoría sobre el carácter «feudal» de la colonización sirvió durante largo tiempo a los moscovitas criollos como telón de fondo para afirmar que la Argentina “muestra aún hoy en su estructura rasgos inconfundiblemente «feudales»” [Puiggrós, Colonia, 23] y para enrollar la madeja de una fantasmagórica revolución «antifeudal» que abriría el camino a una supuesta «etapa» capitalista. Atados a sus dogmas y compromisos políticos y frenados por su propia incapacidad, los teóricos comunistas posteriores a Puiggrós usan su definición de la colonia como sociedad feudal sólo para oponerse al*

socialismo en la Argentina de hoy, puesto que significaría «proponernos hoy tareas históricas inexistentes» [Paso, Colonia, 9] [...]». Resulta más que sugerente prestar atención al cierre que Peña utiliza para toda esta impugnación. Allí remata sosteniendo que: **“¡Y esto fue escrito cuatro años después de la revolución cubana!”**⁶.

Si bien se formó políticamente al lado de Nahuel Moreno, Peña rompe con la organización morenista entre 1958 y 1959. En su posterior distanciamiento ideológico con la táctica del “entrismo” en el peronismo, propugnada por Moreno, la revolución cubana jugará un lugar central. Puede corroborarse la profundidad de esa ruptura en sus *“16 tesis sobre Cuba”*⁷. **A los ojos de Peña, la revolución cubana había hecho pedazos el dogma stalinista de la revolución por etapas junto con la doctrina de que ciertos países –especialmente los latinoamericanos- estaban “inmaduros” para el socialismo.** Al mismo tiempo, Peña concluía que las enseñanzas de la revolución cubana exigían dar una batalla ideológica por la conciencia socialista de los trabajadores argentinos, dada la impotencia política de la denominada “burguesía nacional” para emancipar a los pueblos latinoamericanos. De allí Peña deducía la inviabilidad tanto del “entrismo” (línea política de Moreno) como del seguidismo al peronismo (línea política de Puiggrós). No se podía identificar de manera mecánica y ahistórica al castrismo y al guevarismo con... el peronismo.

A partir de las tesis historiográficas de Milcíades Peña y apoyándose en los análisis sociológicos de Silvio Frondizi, Santucho comienza a plantear que la “burguesía nacional” argentina no puede encabezar los cambios necesarios para emancipar nuestro país.

Ese tipo de caracterización se basaba en la teoría del desarrollo desigual de Lenin y en la teoría del desarrollo desigual y combinado de Trotsky. Pero, cuando hacía referencia a la “seudointustrialización” de nuestro país, Santucho le agregaba un matiz específico referido a la Argentina. ¿De dónde adopta esa visión tan crítica de los industriales argentinos? Nuevamente, de las tesis sociológicas de Silvio Frondizi y de las historiográficas de Milcíades Peña.

Ya en tiempos del FRIP (antes del cruce con Moreno), combinando la teoría del imperialismo de Lenin con la visión de Frondizi y Peña, las tesis políticas del grupo liderado por los hermanos Francisco René y Mario Roberto Santucho sostenían que *“La República Argentina es un país semicolonial seudointustrializado”*. Esta era justamente la opinión de Frondizi y Peña.

En el capítulo “Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional”, de su libro *La realidad argentina*, Silvio Frondizi afirma que: “[...] *lo que caracteriza al imperialismo actual es la exportación de capitales para la industrialización o mejor dicho seudointustrialización de los países atrasados*”. Lo fundamenta del siguiente modo: *“Mientras la industria ligera necesitaba mercados para la producción de artículos de consumo, la industria pesada necesita también mercados, pero para su producción de herramientas. Estos mercados reemplazan a los de artículos de consumo”*. A contramano del esquema etapista de la izquierda tradicional que cuestionaba al imperialismo y a los propietarios terratenientes locales, para defender una supuesta progresividad de los propietarios industriales, de este análisis Frondizi deduce

⁶ Cfr. Milcíades Peña: *Antes de mayo. Formas sociales del transplante español al nuevo mundo*. Buenos Aires, Fichas, 1973.p.45. La primera versión de este texto data probablemente de la segunda mitad de la década del '50. Aunque nunca llegó a preparar sus textos de *Historia del pueblo argentino* para su edición definitiva (pues se suicidó en diciembre de 1965), Peña volvió sobre aquellos manuscritos durante los '60. La referencia a la revolución cubana pertenece a este período.

⁷ Cfr. José Golán [seudónimo de Milcíades Peña]: *“16 tesis sobre Cuba”*. En *Revista de Liberación* N°3, 1964.

la “*unidad, no identidad, entre imperialismo y burguesía nacional y entre burguesía nacional y terrateniente*”.

Al publicar en 1956 *La realidad argentina*, Silvio Frondizi aclaraba: “*En la redacción de este capítulo [“Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional”] hemos recibido valiosa ayuda de Milcíades Peña, que prepara un volumen sobre el problema*”.

Fue precisamente Peña quien más desarrolló la teoría de “la pseudoindustrialización argentina”. Si bien venía trabajando en esa hipótesis desde la década del '50, en un artículo de su revista *Fichas* de 1964 aclara que: “*Denominamos al fenómeno pseudoindustrialización, parodia o caricatura de industrialización [...] Por sobre todo, se realiza sin modificar sustancialmente la estructura social del país, y los desplazamientos a que da lugar dejan en pie las antiguas relaciones de propiedad y entre las clases. La pseudoindustrialización no subvierte la vieja estructura sino que se inserta en ella*”⁸. Entre las características de la pseudoindustrialización, Peña incluye: (a) No aumenta la composición técnica del capital social, sólo la mano de obra, (b) No se desarrollan las industrias básicas que producen medios de producción, ni las fuentes de energía ni los transportes, (c) No aumenta la productividad del trabajo, (d) El incremento de la producción de artículos de consumo sobrepasa el incremento de la producción de medios de producción y (e) La agricultura permanece estancada y no se tecnifica. De estas características, Peña infiere que tanto los propietarios burgueses terratenientes como los industriales argentinos, comparten con el capital financiero el mismo interés en la perpetuación del atraso del país. Estos sectores sólo permiten el trasplante o el injerto de islotes industriales en unas cuantas fábricas, manteniendo y reproduciendo la estructura social de conjunto atrasada y subordinada al imperialismo.

Robi Santucho supo deducir de este tipo de análisis historiográfico y sociológico una consecuencia política inequívoca: era inviable luchar en Argentina por la “liberación nacional” o por una “revolución democrático-burguesa, agraria y antimperialista”, apoyándose en un “frente nacional”, liderado políticamente por la burguesía local y su brazo armado, las Fuerzas Armadas. En otros términos: sólo se podía llegar a alcanzar la liberación nacional de la Argentina y su independencia frente al imperialismo si se lucha al mismo tiempo por la revolución socialista, cuestionando el orden burgués y sus aparatos de dominación y coerción. Al igual que José Carlos Mariátegui [1894-1930], Julio Antonio Mella [1903-1929] y el Che Guevara, Santucho piensa que antimperialismo y socialismo deben marchar unidos como dos facetas de una misma lucha, no como etapas separadas en el tiempo.

Aunque para esa época Silvio Frondizi se había convertido en un intelectual independiente⁹ y Milcíades Peña ya había roto amarras con el grupo morenista, el acercamiento con Moreno le permitió a Santucho incursionar y estudiar atentamente

⁸ Cfr. Víctor Testa [seudónimo de Milcíades Peña]: “Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado”. En *Fichas de investigación económica y social*, Año I, N°1, abril de 1964. p.33-44. Este artículo fue recopilado póstumamente en Milcíades Peña: *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Bs.As., Hyspamérica, 1986. p.65 y ss.

⁹ El viejo Silvio Frondizi, cuyos escritos sociológicos tuvieron tanta influencia en el pensamiento político de Santucho y sus compañeros, termina durante su vejez (primera mitad de los años '70) militando, codo a codo, junto a los jóvenes guevaristas. Aún en la época más sangrienta y represiva de la Argentina. Por eso no sólo dirige *Nuevo Hombre*, el periódico del Frente Antimperialista por el Socialismo (FAS), vinculado al PRT, sino que también defiende como abogado a los presos políticos y a los guerrilleros. Todo eso le vale el odio sanguinario de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), organización terrorista paramilitar de extrema derecha que lo secuestra y lo asesina por la espalda en 1974 acusándolo de “*comunista y bolchevique, fundador del ERP e infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud*”.

toda esta literatura política de la nueva izquierda y empaparse de los debates políticos que la acompañaban.

¿Qué diferencia había entre los escritos de Roberto Santucho y los de Milcíades Peña? Principalmente que este último – Peña – mantenía un planteo totalmente impregnado por el antiperonismo, ya que proponía la tesis de que “Perón era un agente inglés”.

El PRT adopta cierto tipo de explicaciones de Peña, pero no acepta completamente esa visión, ya que en un folleto del PRT -*El peronismo, ayer y hoy* [Ediciones *El Combatiente*, agosto de 1971]- se plantea que se incorpora la tesis de Peña, pero sin caer... “en el gorilismo de izquierda”.

La herencia de San Martín

En los escritos del PRT también emerge la presencia de otra historiografía. Esto sí llama poderosamente la atención. Es la historiografía liberal de Bartolomé Mitre. ¿Por qué llama la atención? Pues porque la óptica de Mitre constituye la versión oficial de la historia argentina, la que todavía hoy se enseña en las escuelas. Pero ¿qué adoptaban los militantes guevaristas de esta historiografía tradicional?

Algo que, paradójicamente, resulta muy interesante: cómo estos historiadores burgueses reaccionarios (principalmente Mitre, aunque también deberíamos agregar a Vicente Fidel López, en el siglo XIX y Ricardo Levene en la primera mitad del siglo XX) describen la campaña del Ejército de San Martín. Fundamentalmente, cómo describen... la guerra de guerrillas. Ese relato resulta hasta muy entusiasmante. Cuando ellos hablan del Ejército de los Andes, cuando San Martín envía a organizar una guerra de guerrillas en la retaguardia española en el Perú, era muy “atractivo” para esta izquierda revolucionaria que se planteaba continuar la lucha inicial de San Martín y Bolívar..., y sobre todo el papel jugado en la lucha guerrillera contra los colonialistas españoles por Martín Miguel de Güemes, Juana Azurduy y otros revolucionarios nuestros de principios del siglo XIX. Seguramente estos historiadores burgueses, de tradición liberal, todavía en el siglo XIX se podían dar el lujo de alabar aquellas campañas militares independentistas, porque la tarea por delante que esta burguesía tenía entonces – segunda mitad del siglo XIX - era legitimar la construcción de un Estado-nación y construir los relatos fundantes de un origen heroico. Luego, en el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, ante la emergencia de una izquierda revolucionaria que se planteaba en primera instancia la lucha por el poder, ya no podían darse ese lujo...

Pero Santucho y los guevaristas argentinos supieron leer bien, leer entre líneas, en esa historiografía burguesa, en esa historiografía tradicional y reaccionaria y encontrar los relatos de aquel primer Ejército continental de San Martín y sus compañeros.

Según recuerda Pombo [Harry Villegas Tamayo], combatiente cubano que luchó junto al Che en Cuba, en el Congo y en Bolivia, Guevara también le daba para leer a sus compañeros, a sus combatientes internacionalistas de Bolivia, los relatos de las guerras independentistas sobre Juana Azurduy y sus guerrilleros. También en esta opción historiográfica, Santucho fue un guevarista consecuente.

Lenin y América Latina

Otra fuente ideológica de la que se nutrió Santucho fue Lenin. Como era obvio, habiendo cortado amarras definitivamente con Haya de La Torre, Santucho empieza a ensayar una lectura mucho más leninista, más “clásica”, si se quiere, sobre el papel de América Latina. La crítica explícita contra Haya de la Torre ya la formula Francisco René Santucho en su trabajo “*Lucha de los pueblos indoamericanos*”¹⁰. Allí se plantea que los aciertos iniciales del APRA: “*se ven traicionados ahora por la debilidad de su propio líder que ha entrado en compromisos con regímenes reformistas cómplices del imperialismo*”. A partir de esa ruptura con el populismo aprista, se abre en el horizonte ideológico de Robi la posibilidad de apropiarse de la tradición teórico-política de Lenin.

Lenin escribió en 1916 *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, una obra hoy considerada clásica en la materia. Allí escribe sobre nosotros, sobre la Argentina. Dice textualmente: “*No sólo existen los dos grupos fundamentales de países – los que poseen colonias y las colonias –, sino también, es característico de la época, las formas variadas de países dependientes que, desde un punto de vista formal, son políticamente independientes, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. A una de estas formas de dependencia, la semicolonias, ya nos hemos referido. Un ejemplo de otra forma lo proporciona la Argentina [...] No es difícil imaginar qué sólidos vínculos establece el capital financiero – y su fiel «amiga», la diplomacia – de Inglaterra con la burguesía argentina, con los círculos que controlan toda la vida económica y política de ese país*”.

¿En qué se basaba Lenin para proporcionar semejante descripción y explicación de la Argentina? Pues una de sus tesis principales sostenía que el desarrollo del capitalismo mundial nunca es chato, ni plano, ni liso, ni homogéneo. Los países y sociedades capitalistas no están en el mismo rango ni son equiparables entre sí; como hoy sostiene erróneamente Toni Negri, por ejemplo, cuando en su *Imperio* plantea que entre Estados Unidos y Brasil, la India e Inglaterra... “*sólo hay diferencias de grado*”. Por el contrario, Lenin tenía la hipótesis de que el capitalismo a nivel mundial se expandía en forma asimétrica, según un desarrollo desigual que generaba países y sociedades metropolitanas y dependientes, cuyas diferencias no sólo son de grado —es decir: cuantitativas, mayor o menor cantidad de capitalismo y desarrollo— sino que son diferencias cualitativas.

Santucho adopta esta tesis de Lenin, y plantea que el desarrollo interno del capitalismo argentino también es notoriamente desigual y origina zonas metropolitanas y zonas periféricas y/o dependientes. O sea que no es lo mismo el desarrollo del capitalismo en la Mesopotamia que en el Noroeste. Así, por ejemplo, en el folleto “*El proletariado rural detonante de la revolución argentina*”¹¹ se sostiene que: “*El imperialismo, al introducirse como factor estructural en el desarrollo de la economía argentina promoviendo la pseudoindustrialización, ha acentuado los desniveles regionales, al desarrollar unilateralmente la zona portuaria en detrimento del Interior*”.

Obviamente, este tipo de caracterización se basaba en la teoría del desarrollo desigual de Lenin.

Así como Lenin defendía la tesis de que la explosión iba a surgir en “el eslabón más débil de la cadena imperialista”, Santucho planteaba, por analogía, que en la revolución argentina el factor detonante era el proletariado azucarero. En su análisis, el

¹⁰ Cfr. Francisco René Santucho: “Lucha de los pueblos indoamericanos”. En *Norte Argentino*, 1963.

¹¹ Tesis políticas del FRIP, editadas en 1964 en el periódico *Norte Argentino*. La mayoría de los textos del PRT citados han sido consultados de la excelente antología realizada por Daniel De Santis: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*. Bs.As., EUDEBA, 1998 (tomo I) y 2000 (Tomo II).

capitalismo del noroeste era, de alguna manera, “el eslabón más débil” dentro del capitalismo argentino.

Y también, junto a las categorías clásicas de Lenin, en el PRT se adoptaron en determinado momento categorías de León Trotsky quien, en su *Historia de la Revolución Rusa*, plantea una hipótesis que denomina “ley del desarrollo desigual y combinado”. ¿En qué consiste? Pues en que nunca existen países y sociedades capitalistas absolutamente homogéneas, compactas, con un solo modo de producción. En realidad hay relaciones sociales de distintos modos de producción, que están combinadas entre sí. Algunas predominan sobre otras, pero están combinadas. Puntualmente, Trotsky sostiene que: “Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo desigual y combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas”. Trotsky la denomina “ley” pero en realidad –pensamos nosotros– habría que denominarla teoría del desarrollo desigual y combinado, ya que conjuga diversas hipótesis sobre el desarrollo histórico.

Entonces,– una vez superado el atractivo del APRA y el indigenismo, a los que habría que agregar la influencia inicial de la Reforma Universitaria y de varios intelectuales que realizan conferencias en la librería de Santiago del Estero, dirigida por Francisco René – en el pensamiento político de la dirección del PRT en general, y de Mario Roberto Santucho en particular, se conjugan las categorías sociológicas de Silvio Frondizi, las historiográficas de Milcíades Peña, la teoría del marxismo revolucionario clásico de Lenin y Trotsky y, por supuesto, la enorme influencia de la revolución cubana y la revolución vietnamita.

A todas estas influencias las tamizó, en el caso del PRT argentino, el guevarismo y el castrismo, así como también el pensamiento político de Ho Chi Minh y Giap.

La ruptura con Nahuel Moreno

Para poder amalgamar y tratar de fusionar lecturas tan diversas (desde las enseñanzas de Lenin y Trotsky en Rusia hasta las de Fidel y el Che en Cuba, pasando por la de Mao en China, Ho Chi Minh y Giap en Vietnam), Santucho tuvo que romper amarras con su principal socio en la fundación del PRT: Nahuel Moreno. Éste condensaba un arco iris ideológico, habitual en la izquierda tradicional: la trágica conjunción de retórica presuntuosa e inflamada, pretendida ortodoxia doctrinaria y reformismo práctico y mundano.

En el caso de Moreno, ese cóctel estaba condimentado por un oportunismo extremo que lo llevó a reivindicarse desde “peronista” (en su época de entrismo en el peronismo) hasta exactamente lo opuesto: profundamente antiperonista. Todo en solución de continuidad, sin que mediara, jamás, entre un extremo y otro, la más mínima autocrítica o explicación a sus militantes de semejantes zigzagueos y bandazos. Lo que legitimaba y daba “coherencia” a semejante oscilación permanente, era una concepción política estratégica sustentada en: (a) la absolutización de la lucha sindical (aquella que Lenin impugnaba por su economicismo), (b) la obsesión por no quedar al margen de ninguna participación electoral –incluso cuando ésta estuviera deslegitimada ante las masas populares– y, a largo plazo, (c) la perspectiva del espontaneísmo insurreccionalista.

La ruptura entre Santucho y Moreno se produce en febrero de 1968, en vísperas del IV Congreso del PRT. Formalmente, responde a la inasistencia de Moreno al IV Congreso del partido, al ser consciente de que sus posiciones políticas habían quedado en minoría frente a las de Santucho, tanto en las regionales de la organización como en su comité central. Pero, en realidad, la razón de fondo que explica esa ausencia se origina en la negativa de Moreno a llevar a la práctica el discurso que prometía iniciar la lucha armada en la Argentina.

A partir de ese quiebre, Moreno comienza a editar el periódico *La Verdad*, que le otorga el nombre a la nueva organización denominada PRT-*La Verdad*; mientras Santucho edita *El Combatiente*. El pensamiento mayoritario dentro de la organización (desde la fusión FRIP-Palabra Obrera de 1965), afín a las posiciones de Santucho, se expresa en el IV Congreso del PRT-*El Combatiente*.

Uno de los documentos teóricos capitales, no sólo de la historia “interna” del PRT sino también del conjunto del guevarismo en la Argentina, donde se encuentra la particular síntesis e interpretación de los clásicos del marxismo ensayada por esta corriente, es *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo* [marzo de 1968], conocido entre los militantes como “el librito rojo” por el color de sus tapas y, probablemente, por una analogía con el famoso texto de Mao Tse Tung.

Todo es ilusión, menos el poder

Este trabajo, eje de aquel IV Congreso posterior a la ruptura con Moreno, tiene como autores a tres miembros de la organización, entre los cuales se encuentra Santucho. Resulta más que plausible que la mayoría de sus ideas principales pertenezcan a Robi.

El primer capítulo, titulado “El marxismo y la cuestión del poder”, ubica en el centro de la discusión aquella cuestión que estuvo ausente en las distintas corrientes de la izquierda tradicional argentina, por lo menos desde los levantamientos anarquistas –sangrientamente reprimidos— de principios de siglo. Junto a la cuestión del poder, allí se analiza el problema de la estrategia revolucionaria en los clásicos del marxismo.

La reflexión se abre con una toma de posición metodológica. En el análisis del país y su sociedad se debe partir de la categoría dialéctica más omnicompreensiva: la situación del capitalismo mundial y la lucha revolucionaria internacional para, a partir de allí, avanzar hacia el estudio de la relación de fuerzas entre las clases sociales, tanto a nivel nacional como internacional. Ésa era la recomendación de Marx en sus borradores de *El Capital* (los *Grundrisse*), cuando afirma que la categoría dialéctica más concreta (porque encierra en su seno la mayor cantidad de determinaciones) es el mercado mundial. (Aunque en la exposición lógico dialéctica de Marx esta categoría resulta el punto de llegada, en toda investigación sobre el capitalismo debería constituir el punto de partida, ya que el capitalismo conforma un sistema mundial).

No otra era la posición de Antonio Gramsci, cuando en el N°13 de sus *Cuadernos de la cárcel* proponía –siguiendo puntualmente a Lenin— estudiar el análisis de las situaciones políticas y las relaciones de fuerzas sociales, partiendo de la situación internacional.

Ese mismo problema metodológico reaparecerá posteriormente, en la discusión de 1970-1971 entre el PRT y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). La posición de las FAR, defendida por Carlos Olmedo [1944-1971], quien seguía al pie de la letra la teoría nacionalista de las “causas internas” de Rodolfo Puiggrós (éste la había desarrollado en la Introducción de 1965 a su célebre *Historia crítica de los partidos*

políticos argentinos), reclamaba comenzar el análisis por la Argentina para luego remontarse hacia lo internacional. La posición del PRT, que prolongaba el análisis del Che en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, proponía una mirada global sobre el conflicto con el imperialismo. La lucha nacional, país por país, era parte de una batalla mayor, de carácter antimperialista e internacional. De este modo, el PRT le respondía a Olmedo –cabe aclarar que Santucho mantenía por Olmedo un gran aprecio personal, según le confiesa en una carta enviada desde la cárcel a su primera compañera Ana Villarreal— que el marxismo no es sólo un instrumento metodológico, sino también una ideología política y una concepción del mundo. En tanto método, ideología política y concepción del mundo, tiene como meta la revolución mundial y, por ello, debe analizar el capitalismo como un sistema a una escala que supere la estrechez reduccionista del discurso nacional-populista.

Después de sentar posición metodológica, el documento sobre el marxismo y la cuestión del poder del IV Congreso pasa a discutir el problema de la estrategia político-militar, núcleo de fuego de la izquierda revolucionaria.

Para hacerlo, recorre la herencia de los clásicos. Comienza por Marx y sus escritos sobre la lucha de clases en la Europa urbana del siglo XIX. Principalmente, sobre las barricadas de París, tanto en 1848 como en 1871. La estrategia de Marx apostaba a una acción insurreccional de la clase obrera, rápida y violenta, en las grandes ciudades, teniendo como meta el derrocamiento del Estado.

Luego, se analiza la Introducción de Engels de 1895 a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Introducción que ha sido considerada, habitualmente, como “el testamento político” de Engels. En ese texto, el compañero de Marx dejaba sentado que la barricada urbana y la lucha de calles habían perdido efectividad frente a los avances de la técnica militar y las reformas urbanísticas (el trazado de las grandes avenidas, por ejemplo, por donde podía desplazarse rápidamente el ejército).

La socialdemocracia internacional censuró ese documento de Engels. En 1895, G.Liebkecht publicó en el periódico *Vorwärts* [Adelante], órgano central del Partido Socialdemócrata alemán, varios fragmentos entrecortados donde Engels aparecía, según el autor del documento le confesó a Paul Lafargue en una carta, “como un pacífico adorador de la legalidad a toda costa”. A pesar de la censura del partido alemán y de la posterior queja de Engels, los principales ideólogos de la socialdemocracia adoptaron este texto como caballito de batalla para insistir con el parlamentarismo. Engels señalaba, acertadamente, el problema que se abría para el movimiento obrero. Pero no aportaba una solución. Casi inmediatamente después de escribirlo (y de quejarse por la censura de la que fue víctima) Engels se muere, dejando sin respuesta estratégica al movimiento obrero mundial.

A contramano de la socialdemocracia alemana y de todo el reformismo que tenía a esta última como faro y luz, en Italia Antonio Gramsci utilizó ese mismo texto de Engels para pensar la revolución pasiva en Europa Occidental. El gran cerebro italiano, partiendo del “testamento” de Engels, intenta desentrañar las modernizaciones “desde arriba”, desarrolladas en Alemania por Bismarck y en Francia por Luis Bonaparte. En estas “revoluciones desde arriba”, impulsadas por el Estado burgués, que cambia algo para que nada cambie, neutralizando de este modo la rebelión popular y apropiándose de los reclamos y reivindicaciones “de abajo”, Gramsci visualiza un problema extremadamente difícil de resolver. Para poder enfrentar eficazmente y derrotar estas “revoluciones pasivas”, en sus *Cuadernos de la cárcel* Gramsci propone cambiar la estrategia revolucionaria de la clase obrera: pasar de la revolución permanente y la guerra de maniobra a la guerra de posiciones. Esto para las sociedades capitalistas de Europa occidental. ¿Y en las capitalistas periféricas, que forman parte del Tercer

Mundo? ¿Y en las capitalistas coloniales, semicolonias y dependientes? ¿Y en las de América Latina? Aunque en sus *Cuadernos de la cárcel* realiza algunas breves observaciones sobre la estrategia política de la guerra de guerrillas en sociedades agrarias y atrasadas (tomando como ejemplo a los combatientes irregulares balcánicos o los grupos irlandeses, etc), Gramsci deja abierto el problema e irresueltos sus interrogantes.

Santucho y sus compañeros parten de este problema central que atraviesa el núcleo político de la teoría revolucionaria. Al igual que Gramsci, comienzan por el desafío que Engels les deja pendiente a los revolucionarios del siglo XX. De igual modo que el italiano, no se resignan a dar por sepultado el fin de las revoluciones, para abrazar alegremente el Parlamento. Pero, como Santucho forma parte del marxismo latinoamericano, y el terreno social en el que se mueve su corriente guevarista es el Tercer Mundo, se esfuerza por resolver la incógnita del viejo Engels desde un ángulo distinto al predominante en Europa Occidental.

Por eso Santucho y sus compañeros fijan su atención en una serie de textos de Lenin, habitualmente desatendidos, soslayados, u “olvidados” por las distintas corrientes de la izquierda tradicional. El principal de todos es “La guerra de guerrillas”¹².

En estos textos “malditos”, Lenin afirma que: “*La cuestión de las operaciones de guerrillas interesa vivamente a nuestro Partido y a la masa obrera. [...] La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil. [...] Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome las formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada, abarcando a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo*”. Más adelante, agrega: “*La socialdemocracia [Lenin utiliza en esos años –1906— el término “socialdemocracia” para referirse al partido revolucionario. Nota de N.K.] debe, en la época en que la lucha de clases se exacerba hasta el punto de convertirse en guerra civil, proponerse no solamente tomar parte en esta guerra civil [subrayado de Lenin], sino también desempeñar la función dirigente. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren como una parte beligerante [subrayado de Lenin], no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario*”. En el mismo registro, sostiene que: “*El marxista se coloca en el terreno de la lucha de*

¹² “La guerra de guerrillas” fue escrito por Lenin después de la insurrección rusa de 1905. Fue publicado por primera vez en *Proletari* N°5, el 13/X/1906. En Argentina, este texto curiosamente “olvidado” por los apresurados impugnadores del supuesto “foquismo”, vio la luz –es probable que por primera vez— en 1945. Véase la antología *La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo-leninismo*. Bs.As., Lautaro, septiembre de 1945. pp.71-86. Esta edición del Partido Comunista argentino, seguramente respondía a la euforia que vivió esta corriente ante la victoria soviética (guerrillas incluidas...) sobre los nazis. Sin embargo, a pesar de haberlo publicado, nunca se tomó como eje de lo que se consideraba oficialmente como sinónimo de “leninismo”. Más tarde, esta misma corriente traduce del ruso y publica las *Obras Completas* de Lenin. Con el tomo N°11 de estas últimas (volumen que incluye los textos sobre la guerra de guerrillas, posteriormente analizados por Santucho) sucede algo singular. Con esos materiales, los editores del comunismo argentino toman la decisión de publicar, al mismo tiempo, dos libros distintos. Por un lado, publican el mencionado tomo N°11, como parte de las *Obras Completas*, con el mismo formato y la misma tapa (fondo naranja, con la fotografía de Lenin en gris) que el resto de la colección. Por otro lado editan, al mismo tiempo, en un volumen separado: Lenin: *Las enseñanzas de la insurrección y la guerra de guerrillas*. Bs.As., Ediciones Estudio, 1960 [Se trata de la reproducción exacta del tomo N°11 de las *Obras Completas*, impreso el mismo día y en la misma imprenta, pero editado al mismo tiempo con otro título y otro sello editorial]. Exceptuando algunos pocos trabajos económicos suyos sobre el imperialismo, esta operación editorial no se volvió a repetir nunca en Argentina con ningún otro escrito de Lenin.

*clases y no en el de la paz social. En ciertas épocas de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista está **obligado** [subrayado de Lenin] a colocarse en el terreno de la guerra civil. Toda condenación moral de ésta es completamente inadmisibile desde el punto de vista del marxismo. En una época de guerra civil, el ideal del Partido del proletariado es el **Partido de combate** [subrayado y mayúscula de Lenin]”.*

Después de recorrer estos pasajes (que constituyen apenas una pequeña parte de su reflexión sobre este tema), a un lector desprejuiciado le surgen los siguientes interrogantes: ¿acaso será Lenin un ingenuo apologista del “foquismo”...? ¿Quizás un guevarista *avant la lettre*...?

Todos estos papeles y trabajos políticos de Lenin abundan en idénticas reflexiones. Son duros, contundentes, taxativos. No dan pie para la ambigüedad. No utilizan el marxismo como un recetario decorativo, sino como un instrumento de análisis para intervenir en la lucha de clases, desarrollar la guerra civil y, en ella, encaminar a los sectores populares hacia la victoria.

¿Qué conclusión extrajeron Santucho y sus compañeros de estos trabajos políticos de Lenin? Ellos destacaron que es el máximo dirigente bolchevique quien le encuentra resolución al problema abierto y planteado por el último Engels. En la lectura e interpretación de Santucho, la respuesta de Lenin saca al movimiento revolucionario del callejón sin salida donde lo había puesto la socialdemocracia. En su óptica, Lenin tiene la virtud de haber descubierto las vías para una nueva estrategia política. Ésta permitiría superar los obstáculos y dificultades, presentados a toda insurrección urbana rápida, por los avances de las nuevas tecnologías militares empleadas por las fuerzas represivas de la burguesía y sus nuevas reformas urbanísticas. Esa nueva estrategia política, descubierta por Lenin a partir de las enseñanzas de la insurrección de 1905, consiste en: la guerra civil prolongada, la lucha entre dos partes del pueblo, la construcción de un partido y un ejército revolucionarios, templados ambos en las grandes batallas y los pequeños encuentros.

“El marxismo y la cuestión del poder” resume su atenta y detallada lectura sobre estos materiales teóricos del máximo dirigente bolchevique, del siguiente modo: “*Lenin es el descubridor y el propulsor de la guerrilla urbana*”.

A continuación, el documento base del IV Congreso hace un balance y un beneficio de inventario de los aportes de León Trotsky y Mao Tse Tung a la teoría revolucionaria.

Aunque le reprochan a Trotsky “*la ausencia de una clara estrategia de poder*” para los países atrasados, “*agrarios, coloniales y semicoloniales*”, destacan aquellos pasajes del *Programa de transición* donde Trotsky reclama y promueve “*el armamento del proletariado*”.

En cuanto a Mao, resaltan su concepción de la “*lucha armada permanente dirigida por el partido, la guerra civil prolongada y guerra de guerrillas*”.

De igual manera, evalúan que “*tanto Mao como los vietnamitas distinguen cuidadosamente, como lo hiciera Lenin, lucha armada de insurrección general*”.

En conjunto, Santucho y sus compañeros tratan de romper la dicotomía y el enfrentamiento habitual de trotskistas y maoístas. Por eso, advierten que “*para nosotros, desde la muerte de Lenin y posterior consolidación del stalinismo, no hubo una sola corriente que mantuvo vivas las tradiciones y concepciones marxistas-leninistas, sino dos. No fue sólo Trotsky y el trotskismo quien conservó y desarrolló el marxismo revolucionario frente a la degeneración stalinista. [...] Similar rol jugó Mao Tse Tung y el maoísmo*”.

El balance concluye planteando, heréticamente, que: *“Hoy, la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios, es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”*.

En la última parte de esta recorrida histórica por los clásicos, el documento del PRT se centra en el núcleo duro de su identidad política latinoamericana: el castrismo-guevarismo. En esta cuestión, Santucho aclara, presuroso, que *“no hacemos distinción alguna entre castrismo y guevarismo, porque la distinción es falsa”*.

Polemizando, una vez más, con Moreno, Santucho intenta sintetizar la estrategia de la revolución cubana. Ésta no consistía, como pensaba el morenismo, en una visión empírica hecha sobre la marcha, sino en una perspectiva de alcance mundial. Para Santucho, esa estrategia mundial está resumida en el “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” del Che. Lo fundamental de dicha estrategia residiría en *“la revolución socialista y antimperialista en los territorios dependientes”*. Una perspectiva que, en aquellos años, emanaba de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad, reunida en La Habana en 1967). Santucho aprovecha esta elucidación para recalcar que *“el castrismo otorga mayor importancia que el maoísmo a la lucha urbana”*. A eso se agregaría –siempre desde su interpretación del castrismo– la necesidad de desarrollar una revolución continental a partir de revoluciones nacionales y regionales, mediante la guerra prolongada. Finalmente, destaca que allí donde no existan fuertes partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo, ligando todo el tiempo la lucha política y la lucha político-militar.

Después de haber comenzado con el punto de vista metodológico y de haber ido analizando las experiencias del pasado, desmenuzando el itinerario de la estrategia de poder en Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Minh, Fidel y el Che Guevara, Santucho y sus compañeros del PRT se abocan al debate específico sobre la estrategia de poder en la Argentina. Ésa era, centralmente, la finalidad de este largo recorrido: el análisis concreto de la realidad concreta.

Su estrategia política de poder caracteriza a nuestro país como una sociedad capitalista semicolonial y dependiente. A partir de este diagnóstico sociológico y económico, infiere que la revolución pendiente debe ser socialista y antimperialista, al mismo tiempo, entendiendo ambas como tareas y fases de un proceso permanente e ininterrumpido. El documento concluye analizando las bases sociales en las que se apoyaba la estrategia de guerra revolucionaria prolongada: primero civil, al estar determinada por el enfrentamiento entre dos partes del propio pueblo argentino, y luego nacional-antimperialista, ante la previsible invasión norteamericana.

Apenas un año después del IV Congreso, se producen el Cordobazo, el Rosariazo y otros “azos”. El pueblo argentino se pone de pie contra la dictadura del general Onganía. El PRT acompaña y promueve ese proceso, realizando su V Congreso en 1970, donde se funda y nace el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). Entre un congreso y otro (el IV y el V), en el partido termina por consolidarse la corriente liderada por Santucho (denominada “tendencia leninista”), por sobre otras dos: la “tendencia proletaria” (morenista) y la “tendencia comunista” (neo-morenista), ambas, con mayores afinidades y empatías con la estrategia espontaneísta, insurreccionalista y, en última instancia, sindicalista de Nahuel Moreno.

La política y la guerra

Leído todo este proceso político desde una óptica actual, desde nuestros días, y desde la remanida polémica sobre el supuesto “foquismo” de la izquierda revolucionaria

guevarista, resulta sugerente prestarle atención al documento teórico de la fundación del ERP. Las posiciones políticas de este documento se nutren de toda la tradición clásica del marxismo, que a su vez provienen de Clausewitz y Maquiavelo.

Porque, a principios del siglo XVI, el teórico florentino Nicolás Maquiavelo sostenía en *El príncipe* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* que para unificar Italia como una nación moderna, había que derrotar el predominio de Roma – El Vaticano – y también había que terminar con la proliferación de bandas armadas locales, los célebres *condottieri* [combatientes mercenarios]. Maquiavelo propone la formación de una fuerza militar republicana completamente subordinada al príncipe, es decir, al poder político. **¡Es la política, según Maquiavelo, la que manda sobre lo militar y no al revés!**. Más tarde, a inicios del siglo XIX, el teórico prusiano Karl von Clausewitz vuelve a prolongar aquel pensamiento defendiendo que “*la guerra es la continuación de la política por otros medios*” (en su libro *De la guerra*). A inicios del siglo XX, más precisamente en su exilio suizo durante la primera guerra mundial (entre 1915 y 1916) Lenin, mientras estudia la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, lee y anota detenidamente *De la guerra* de K.v.Clausewitz.

El principal líder de la revolución rusa no es el único marxista en este sentido. Antonio Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, más precisamente a inicios de la década de 1930, redacta el ya mencionado “*Análisis de situación y relaciones de fuerza*”. Allí sostiene que la lucha político-militar y la guerra constituyen un momento superior de las relaciones de fuerzas políticas, que enfrentan en una situación revolucionaria a las clases y fuerzas sociales.

Exactamente lo mismo podría plantearse del pensamiento de Mao Tse Tung, León Trotsky, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y, desde luego, Fidel y el Che.

Por lo tanto, en toda esta extendida tradición de pensamiento político, que se remonta a la herencia republicana de Maquiavelo y, a través de la reflexión de Clausewitz, es adoptada por los clásicos del marxismo, **la lucha político-militar es la prolongación de la política, ¡no al revés!**.

De manera análoga podría recorrerse el extenso itinerario del pensamiento político y militar de nuestras guerras de independencia y liberación latinoamericanas. Desde San Martín, Bolívar y Artigas hasta José Martí, Emiliano Zapata, Augusto César Sandino y Farabundo Martí.

Pues bien, en los documentos de la fundación del ERP también aparece en primer plano **un análisis político** de donde se deduce la necesidad de **la lucha político-militar y no al revés...**

Después de años y años de propaganda burguesa y del intento de demonización de todo este pensamiento político, resulta imperioso volver a insistir en esta problemática.

Para poder desmontar la estrategia de descalificación de esa generación (a la que se le puso un cartelito que decía más o menos así: “Demonios subversivos” o también “Demonios terroristas”), tenemos que volver a pensar, detenidamente, estas cuestiones.

Por ello resulta interesante centrar la atención en una parte de esos documentos históricos de fundación del ERP. Porque los que no vivimos aquella época nos sorprendemos cuando encontramos allí algo completamente inesperado... **En esos documentos políticos aparece una crítica muy fuerte y explícita contra el foquismo...** y contra Régis Debray.

La crítica a Debray y al foquismo

¿Quién es Régis Debray? Debray era un joven estudiante francés, discípulo del filósofo Louis Althusser, que vino a Latinoamérica y después escribió un artículo muy largo, en la famosa revista *Les Temps Modernes* de Jean Paul Sartre: “El Castrismo: la larga marcha de América Latina”. Este artículo les gustó mucho a los cubanos. Lo invitaron a Cuba, y ahí, en la isla, escribe después un texto que pretende ser algo así como la “síntesis teórica” de la revolución cubana. En realidad era una versión manualizada, codificada y simplificada hasta el extremo. Un texto que hoy en día se utiliza para criticar a la revolución cubana y para denostar todo lo que esté asociado al Che Guevara.

El texto de Debray se titula: *¿Revolución en la Revolución?*. Allí realiza una versión totalmente parcial y unilateral de la revolución cubana. Sostiene, entre otras cosas, que en Cuba no hubo casi lucha urbana, que solamente hubo lucha rural, que la ciudad era burguesa mientras que la montaña era proletaria y que, por lo tanto, la revolución surge de un foco, de un pequeño núcleo aislado. Así, de este modo, Debray hace la canonización y la codificación de la revolución cubana en una receta muy esquemática que se conoce como “la teoría del foco”. Esta versión de Debray de la revolución cubana es muy utilizada hoy en día para ridiculizar y fustigar la teoría política del guevarismo...aún cuando el mismo Debray ya no tiene nada que ver con esta tradición, pues pasó a las filas de la socialdemocracia – en el mejor de los casos y siendo indulgentes con él... -.

Es cierto que la temática del “foco” está presente en los escritos del Che pero de una manera muy diferente a la receta simplificada que construye Debray. Nosotros creemos que en el Che los términos “foco” y “catalizador” –con los que el Che hace referencia a la lucha político-militar de la guerrilla–, tienen un origen metafórico proveniente de la medicina (la profesión original del Che). El “foco” remite al...foco infeccioso que se expande en un cuerpo humano. El “catalizador”, en la química, es el nombre de un cuerpo capaz de motivar un cambio, la transformación catalítica.

Pero, más allá de su origen metafórico, está muy claro que en el pensamiento político de Guevara la concepción de la guerrilla está siempre vinculada a la lucha de masas. Concretamente, el Che sostiene que: “*Es importante destacar que la lucha guerrillera es una lucha de masas, es una lucha del pueblo [...] Su gran fuerza radica en la masa de la población*”¹³. Más tarde, el Che vuelve a insistir con este planteo cuando reitera: “*La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas*”¹⁴.

Pero Guevara no se detiene allí. Comentando el libro del célebre estratega vietnamita Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, el Che destaca una y otra vez un elemento fundamental para la victoria del pueblo vietnamita: “*las grandes experiencias del partido en la dirección de la lucha armada y la organización de las fuerzas armadas revolucionarias [...] Nos narra también el compañero Vo Nguyen Giap, la estrecha relación que existe entre el partido y el ejército, cómo, en esta lucha, el ejército no es sino una parte del partido dirigente de la lucha*”.

De este modo, a diferencia de Debray, el Che le otorga un lugar central a la lucha política, de la cual la lucha armada no es sino su prolongación sobre otro terreno. Allí, siempre comentando a Giap, Guevara vuelve a insistir, casi con obsesividad, en que: “*La lucha de masas fue utilizada durante todo el transcurso de la guerra por el*

¹³ Cfr. Ernesto Che Guevara: *La guerra de guerrillas* (1960). En E. Guevara. *Obras*. Obra citada.

¹⁴ Cfr. Ernesto Che Guevara: “La guerra de guerrillas: un método”, artículo publicado en *Cuba Socialista*, septiembre de 1963.

partido vietnamita. Fue utilizada, en primer lugar, porque **la guerra de guerrillas no es sino una expresión de la lucha de masas** y no se puede pensar en ella cuando está aislada de su medio natural, que es el pueblo”.

¿De qué modo Debray pudo eludir este tipo de razonamientos centrales y determinantes del pensamiento político del Che? Pues construyendo **un relato de la revolución cubana donde desaparecen, como por arte de magia, las tradiciones políticas previas y toda la lucha política anterior de Fidel Castro y sus compañeros.**

Si se vuelven a leer los textos “foquistas” de Debray treinta años después, el lector no encontrará, inexplicablemente, ninguna referencia a la historia política cubana anterior ni a la lucha política previa, que derivan en el inicio de la lucha armada contra Batista. Pareciera que para Debray, observador europeo proveniente del PC francés, recién llegado a América latina –en aquella época fascinado con Cuba y las guerrillas, luego con la socialdemocracia y hoy vaya uno a saber con qué— la invasión del Granma y el Ejército Rebelde nacen *ex nihilo*, no como fruto de la radicalización política de un sector juvenil proveniente del nacionalismo radical y antimperialista latinoamericano y de la propia historia política cubana.

Además, cuando Debray pretende esquematizar y teorizar la lucha revolucionaria cubana defendiendo a rajatabla la tesis de “la inexistencia del partido” tiene en mente y está pensando en la ausencia, dentro de la primera dirección guerrillera, del viejo Partido Socialista Popular (el antiguo PC cubano, símil del PC francés en el que se formó Debray). Un lector actual de los escritos de Debray no puede dejar de preguntarse: ¿pero acaso el Movimiento 26 de julio –quien dirigía la lucha armada— no constituía un partido? ¿Acaso Fidel Castro y los asaltantes del Moncada no provenían de la lucha política?

Para Debray las advertencias del Che sobre las luchas de masas y la relevancia de la organización política eran sólo... detalles insignificantes. No les dio ninguna importancia. Por eso construyó una visión caricaturesca de la lucha armada que, lamentable y trágicamente, fue posteriormente atribuida –post mortem- al Che...

Según recuerda el ya mencionado Pombo [Harry Villegas Tamayo] al Che Guevara no le gustó *¿Revolución en la Revolución?* de Debray. Lo leyó cuando estaba en Bolivia (pues se publicó en 1967) y le hizo comentarios críticos a su autor.

Aún cuando nunca sepamos qué le criticó puntualmente Guevara al intelectual francés, ya en aquella época dos militantes cubanos salieron públicamente a criticar la caricatura “foquista” de Debray¹⁵. Estos dos compañeros cubanos le critican abiertamente a Debray –¡no ahora, en el siglo XXI, sino en 1968!- el haber simplificado la revolución cubana, el haberla convertido en una simple teoría del “foco” y el no haber visto en ella que junto a la guerrilla, en las ciudades luchaba la juventud, el movimiento obrero, el movimiento estudiantil, etc. En suma, le cuestionaban –en particular- el total desconocimiento de la lucha urbana y –en general- la total subestimación de la lucha política, base de sustentación de toda lucha político militar. Esta es la principal crítica a la teoría del “foco” realizada en aquella época por los propios cubanos.

Por supuesto que, en la derecha, nadie se toma el trabajo de reconstruir todas esas críticas. Simplemente, se “entierra” y se sepulta, rápidamente, a los revolucionarios por ser “foquistas”...

En el nacimiento del ERP en la Argentina, encontramos una crítica muy inteligente y muy sugerente a Régis Debray y al “foquismo”, a la errónea subordinación de la lucha política a la lucha militar. Esta crítica de Santucho pasó desapercibida.

¹⁵ Simón Torres y Julio Aronde (posiblemente dos seudónimos de colaboradores del comandante Manuel Piñeiro Losada, alias “Barbarroja”): “Debray y la experiencia cubana”. En *Monthly Review* N° 55, año V, octubre de 1968. pp.1-21.

Todavía hoy, se le atribuyen “foquismo” y/o “militarismo”. Como si la decisión de desarrollar en Argentina una lucha político-militar y una confrontación radical contra la dictadura militar, hubiese sido en la mente de Santucho y sus compañeros un delirio irracional y mesiánico y una subestimación del análisis específicamente político.

Tanto al Che Guevara como a Santucho siempre se los acusó de lo mismo: “bienintencionados, idealistas y abnegados” pero... “foquistas” y “militaristas”. Sin embargo, en la propia fundación del ERP se hace una crítica muy dura al foquismo y se genera una crítica inteligente al militarismo. Porque una de las tesis centrales de Régis Debray consiste en que no hace falta formar una organización política, un partido revolucionario. Solamente -plantea Debray-, hay que instalar un foco guerrillero... No hace falta, previamente, la lucha política ni la lucha ideológica, sino tan sólo la lucha militar... Eso es el foquismo, eso es el militarismo.

En 1970, cuando se funda el Ejército Revolucionario del Pueblo¹⁶, vuelve a plantearse que el eje prioritario debe ser siempre construir una organización política y, desde ahí, plantearse la lucha político-militar. **Pero el eje debe ser la política.** No puede haber confrontación político-militar ni lucha político-militar si no es a partir de un análisis específicamente **político**. Esta es la tradición de los clásicos del marxismo que se remonta a Clausewitz y, todavía más atrás, a los escritos de Nicolás Maquiavelo.

En los documentos de aquella fundación, defendiéndose de la acusación de “foquismo” que le habían dirigido los “neomorenistas” dentro del PRT, Santucho plantea lo siguiente: *“En cuanto a lo de la determinación de foquismo por el tamaño de la unidad con que se empieza a combatir, es francamente ridículo. **La cuestión del foquismo o guerra revolucionaria es un problema de política, no de número de combatientes. Si se pretende iniciar la lucha basada únicamente en la geografía, se evita el contacto con la población y se pretende enfrentar al enemigo con sólo la fuerza militar con que se cuenta; si se ignoran las necesidades del Partido Revolucionario, estamos en presencia de una desviación foquista. Si en cambio se comprende claramente que **la fuerza fundamental de la guerrilla es el apoyo de la población** y la geografía sólo un auxiliar; si se permanece lo más ligado posible a las masas; si se cuenta con una política de masas correcta; si se orienta la actividad militar con un punto de vista de masas; si se comprende que lo principal es el Partido, se garantiza su dirección de la guerrilla y se trabaja firmemente por construirlo y desarrollarlo, estamos en presencia de una línea leninista de guerra revolucionaria”.***

Desde este ángulo, Santucho le critica a Debray la supuesta primacía que el francés atribuye al “factor geográfico”¹⁷. Pensar que de la geografía se deduce una estrategia política...constituye un enorme error. En realidad no es así..., ni fue así la revolución cubana, ni ninguna revolución latinoamericana. La geografía no determina la lucha política. Cuando se encuentra escrita esta afirmación no sucede nada, pero en política ese tipo de errores cuesta la vida de mucha gente, de muchos compañeros valiosos, de muchos revolucionarios.

¹⁶ “Resoluciones del V Congreso del PRT. Fundación del ERP” (29 y 30 de julio de 1970).

¹⁷ En cuanto al tema del foquismo, cinco años más tarde, en julio de 1975, durante la reunión del Comité Central ampliado del PRT —que, como evocación, se denominó “Vietnam liberado”— Santucho continuaba polemizando, obsesivamente, contra él. En esa oportunidad, lo calificaba como movimiento *“inmaduro, alejado del leninismo. Los esfuerzos [del foquismo] se realizan en la lucha armada, **aislada del movimiento general de las masas**”.* En Argentina, esos eran precisamente los tiempos de las grandes huelgas de las coordinadoras clasistas de masas.

Las elecciones y la disputa por la herencia teórica de Lenin

Desde su nacimiento de 1970 en adelante, a pesar de la represión feroz que eliminó muchos de sus cuadros y militantes, el PRT-ERP creció en forma vertiginosa. Paralelamente, se produjo el “viborazo” [levantamiento popular en Córdoba, en 1971, contra la dictadura militar], lo cual dio mayor impulso a la radicalización del conjunto de la izquierda argentina. Un año después, ocurrió la masacre de Trelew [asesinato de casi veinte guerrilleros desarmados que, al no haber podido escapar desde el penal de Rawson a Chile, fueron recapturados y fusilados a sangre fría].

A fines de ese año, en 1972, la dictadura de Lanusse (uno de sus generales más lúcidos) intenta frenar el creciente avance de las fuerzas populares, las organizaciones armadas de la izquierda revolucionaria y del peronismo combativo, mediante la convocatoria a elecciones¹⁸.

El PRT decide abstenerse, ya que ve obstaculizada la posibilidad de participar en las elecciones, llevando a Agustín Tosco, líder indiscutido del Cordobazo (y amigo personal de Santucho), como candidato independiente de la clase trabajadora y los sectores populares combativos.

Esa compleja decisión política no fue precipitada. Constituyó el punto de llegada de una extendida serie de razonamientos y pronunciamientos, todos ellos sustentados en un previo análisis político. Análisis que fue realizado mucho antes de que se conozcan las memorias, donde Lanusse reconocería, en forma explícita y sin ambigüedades, sus verdaderas intenciones. A contramano de otros sectores de la izquierda argentina, el PRT ponía en duda el proceso electoral. En su óptica, éste no garantizaría la libre expresión popular, sino que frenaría, dividiría y neutralizaría al movimiento revolucionario, aislándolo de las masas para poder aplastarlo (como finalmente ocurrió).

Ese análisis político lo encontramos, por ejemplo, en las resoluciones del comité ejecutivo de la organización, de abril de 1971. Antes de los anuncios oficiales de la dictadura, allí se sostiene que: *“Es indudable, por algunos hechos concretos, como la rehabilitación de los partidos políticos, el nombramiento de Mor Roig [político de origen radical], las declaraciones de los políticos que los han entrevistado por invitación del gobierno, que se prepara una farsa electoral. La dictadura, consciente de su desprestigio y expresando su temor ante el avance de la guerra revolucionaria, se ve obligada a pactar con los políticos que hasta ayer repudiaba, a intentar junto con ellos la salida de las elecciones, para poner un freno a las movilizaciones de las masas y aislar de éstas a la vanguardia armada”*.

Más tarde, en las resoluciones del comité central del PRT, de diciembre de 1972, se afirma que: *“Si la táctica votada por el Comité Central logra concretarse, nuestra intervención electoral podrá ser muy amplia, si ello no es así lo más probable es que debemos ir al boicot, aunque con pocas perspectivas. De todas maneras en todos estos meses, hasta la farsa electoral y más allá de ella, debemos intensificar el trabajo legal con la línea de los C. de Base, ampliar de esa manera nuestra relación con las masas, combinar este trabajo con la propaganda armada, obtener centenares y miles de contactos, colaboradores, simpatizantes, amigos, principalmente en las barriadas*

¹⁸ Haciendo un balance retrospectivo sobre aquel llamado a elecciones (que diversas fracciones burguesas, como era de esperar a su ideología, confundieron con el regreso a un modo de vida “normal” de la política argentina), el mismo Lanusse reconoció que esa maniobra era parte de una estrategia contra los revolucionarios (“la subversión”, en su lenguaje fascista). Recordaba Lanusse: *“Debíamos, además, ser coherentes con nuestro razonamiento. Queríamos restaurar la democracia, quitar todo argumento a la subversión”*. Véase General Agustín A.Lanusse: *Mi testimonio*. Bs.As., Laserre editores, 1977. p.231.

pobres de las ciudades, zonas suburbanas y el campo”. En esta formulación queda sumamente claro que el PRT, al mismo tiempo que cuestionaba el proceso electoral pactado entre la cúpula militar y la gran burguesía argentina, se proponía desarrollar un trabajo político de masas, incluso en el terreno legal (a pesar de ser una organización política guerrillera). Además, allí se reconoce, abiertamente, que el camino del boicot no gozará de grandes perspectivas.

En cuanto a la caracterización de las elecciones, en la carta enviada a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR, con quienes ya se había polemizado en 1970-71), el PRT plantea que: *“el conjunto de la burguesía pretende volver al régimen parlamentario y de esa manera ampliar considerablemente la base social de su dominación, reducida estrictamente a las FFAA durante el onganato, aislar a la vanguardia clasista y a la guerrilla, para intentar su aplastamiento militar. La ambición de la burguesía es detener y desviar a las fuerzas revolucionarias y progresistas en su avance, y llegar a una estabilización paralela del capitalismo argentino”*¹⁹.

En marzo de 1973, el mes de las elecciones que le dieron amplia victoria al FREJULI (un frente político apoyado tanto por grupos guerrilleros peronistas como por sectores de la gran burguesía empresarial, pasando por un amplio espectro político intermedio, que incluía desde el desarrollismo de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio hasta un vicepresidente del Partido Conservador), el PRT realiza el siguiente análisis: *“Los puntos de vista del Comité Central sobre las elecciones ya han sido explicitados en los últimos editoriales de «El Combatiente». Recibidos los informes de las regionales sobre el estado de ánimo de las masas y las perspectivas electorales, se analizó la posición que debía adoptar el Partido en esta ocasión balanceándose entre el voto en blanco y la abstención. Al evaluarse la posición votoblanquista, se vio que no es consistente, en cuanto no hay sectores amplios de las masas que se orienten en esa posición, por lo que no logra constituirse en una opción clara para instrumentar el repudio a la farsa electoral al propio tiempo que como no ofrece envergadura, masividad, resulta sumamente peligroso en cuanto puede dar la falsa impresión de que las fuerzas revolucionarias y anti-acuerdistas son muy minoritarias y que amplios sectores prefieren el parlamentarismo. Estas condiciones llevaron al Comité Central a decidir la abstención, como posición del Partido, complementada con el lanzamiento por el ERP de un volante denunciando la farsa electoral y que puede ser colocado en el sobre como voto. El Comité Central hace la salvedad y reconoce que la posición de abstención adoptada no es la más correcta, si no la opción a que la organización se vio obligada por el déficit en el trabajo legal que impidió se lograra la activa línea intervencionista que hubiera sido más eficiente para dificultar las maniobras del enemigo y lograr el máximo aprovechamiento de los resquicios legales. [...] El Comité Central reivindica finalmente la posición adoptada como marxista-leninista, en cuanto se adecua a la situación concreta, pues si bien las enseñanzas bolcheviques indican que ante un proceso electoral sólo caben las tácticas de boicot activo o participación, ello debe entenderse como las herramientas tácticas a esgrimir para convertir la elección burguesa en un pilar más de una estrategia de poder revolucionaria. Más, cuando no se han logrado como en este caso tales herramientas, lo que hace imposible una táctica correcta que se compagine con la estrategia de poder, es legítima la adopción de una línea abstencionista y propagandista como la nuestra, aferrada a las concepciones*

¹⁹ Véase PRT: “Carta a las FAR”. En Boletín Interno N° 36, 24 de enero de 1973. (Agradecemos a Daniel De Santis que nos haya facilitado éste y otros documentos internos de la organización).

estratégicas y reconocedora de los déficits y errores tácticos cometidos. Intervenir siempre y por principio en toda elección para “no perder el voto” o “apoyar el mal menor”, son puntos de vista oportunistas, ajenos al marxismo-leninismo [...]”²⁰.

En estas reflexiones se condensa la conciencia que los dirigentes del PRT tenían de las serias limitaciones que implicaba el punto de vista abstencionista. Se lo reconocía abiertamente como una necesidad, no como una virtud. Se atribuía tal posición a un gesto de debilidad y no de fortaleza. Se lo explicaba por las dificultades y los errores de la corriente en el trabajo legal. Pero, al mismo tiempo, se sostenía dicha posición frente al morenismo, que se inclinaba por “intervenir siempre en toda elección”, sea del tipo que sea; también frente a la perspectiva del PC que apostaba a “no perder el voto” y participar, cueste lo que cueste, buscando la quimera de una alianza con algún sector “progresista” de la burguesía. Esa doble disputa también llevaba al PRT a cuestionar a las organizaciones armadas peronistas, por dejarse institucionalizar tras el liderazgo burgués de un militar como Perón.

Muchos consideraron que esa decisión abstencionista equivalía a “quedarse sin política”. Desde la izquierda tradicional (tanto del viejo Partido Comunista como desde el trotskismo morenista y otros grupos similares), se le replicó a Santucho que Lenin, en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, combatía el abstencionismo de izquierda. Sin embargo, para rechazar esas impugnaciones doctrinarias —que, inevitablemente, se hacían en nombre de la “ortodoxia del marxismo”— el máximo dirigente del PRT apelaba a otros escritos teóricos del líder bolchevique, habitualmente raleados de lo que se consideraba como sinónimo de “leninismo”.

Del mismo tomo N° 11 de las *Obras Completas*, de donde había extraído en 1968 los escritos de Lenin sobre la guerra de guerrillas, Santucho destacó dos reflexiones críticas acerca de las elecciones y la inconveniencia de la participación, cuando aquellas están completamente maniatadas o pergeñadas para neutralizar a los revolucionarios. En ambas (realizadas al año siguiente de la insurrección de 1905, y en medio de un proceso electoral, convocado por la dictadura zarista para legitimarse), Lenin polemizaba con su ex maestro Jorge Plejanov y con los mencheviques. Argumentaba porqué los revolucionarios no debían participar en el aparato institucional parlamentario²¹.

Junto a la apelación a los textos políticos de Lenin (que, a pesar de ser clásicos, habían entrado en el “olvido”, incluyendo en esa desmemoria a los que se autodefinían como leninistas), Santucho también se apoyaba en determinados análisis económicos. Para fundamentar sus evaluaciones críticas sobre el proceso electoral en ciernes y su rechazo a encolumnarse bajo el liderazgo del general Perón —como harían, por ejemplo, Montoneros, las FAR o incluso un desprendimiento del PRT-ERP, denominado “ERP 22 de agosto”— Robi recurría a estudios sobre la vida económica, bajo la dictadura de Onganía-Lanusse. De todos los trabajos que manejaba, merece destacarse la investigación *Crisis de una burguesía dependiente. Balance económico de la Revolución argentina 1966-1971* de Carlos Ramil Cepeda.

Este autor, además de estudiar los ciclos de crisis y recuperación del capitalismo dependiente en Argentina y de analizar el proceso de estancamiento productivo y ascenso inflacionario de la economía bajo la dictadura, termina su trabajo realizando un

²⁰ Véase *El Combatiente* N° 76, segunda quincena de marzo de 1973: Resoluciones del Comité Central del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Particularmente: “Sobre las elecciones”.

²¹ Véase Lenin: “El triunfo de los kadetes [burguesía liberal rusa] y las tareas del partido obrero” [6/IV/1906] y “La Socialdemocracia y los acuerdos electorales” [octubre de 1906]. Ambos editados como libro unitario: Bs.As., La Rosa Blindada, noviembre de 1973.

análisis político. Lo que más le atrajo a Santucho del libro fue la incapacidad que Ramil Cepeda encontraba en las distintas fracciones de la burguesía argentina para terminar con la dependencia. Junto a ello, el máximo dirigente guevarista veía confirmado su análisis político cuando, en el libro, leía las razones de “*la impotencia del nacionalismo burgués*”, ya sea reformista o radical, para encabezar un proceso de cambios duraderos y sustanciales, con vistas a “*la toma del poder*” y a “*la liquidación de la dependencia y del capitalismo, simultáneamente*”²².

De modo que, se comparta o no la justeza de aquella posición adoptada ante la coyuntura electoral de 1973, no puede dejarse de reconocer que la decisión de la abstención respondía a un meditado análisis político de la dirección guevarista, enfocado tanto a partir de la situación local y nacional, como a la luz de los escritos clásicos del marxismo en la materia.

¿Cómo domina la clase dominante?

Entre los numerosos trabajos teóricos que esta corriente guevarista produce en los años '70 merecen citarse otros dos. Uno se titula *Poder burgués, poder revolucionario*²³, redactado por Santucho. El otro es “A los pueblos de América Latina”²⁴, un documento colectivo firmado por el PRT-ERP en Argentina, los Tupamaros en Uruguay, el MIR chileno y el ELN boliviano.

¿Que observamos en estos documentos a nivel teórico? Nuevamente, aún a riesgo de repetir..., nos encontramos con un **análisis centralmente político**. A partir de ahí se plantea la lucha revolucionaria continental..., ¿no eran “tira-tiros” irracionales ni “locos aventureros”!. En ellos, se sugiere un conjunto de hipótesis sobre cómo funciona el sistema de dominación política de las clases opresoras en América Latina. Se analiza también qué sucede en el seno del campo popular, focalizando la mirada, sobre todo, en **la conciencia política** de las clases subalternas y explotadas.

El análisis político condensado en *Poder burgués, poder revolucionario* se estructura a partir de una metáfora espacial que dibuja lo que pasa “arriba” y lo que sucede, mientras tanto, “abajo”. La reflexión de Santucho gira alrededor de un análisis político del arriba y del abajo o, en otros términos, de las clases dominantes y las clases subalternas.

Para estudiar las clases dominantes, en los escritos de Santucho aparece la categoría de “bonapartismo”. Esta es una tesis suya muy fuerte. Según él, **la historia argentina se mueve con un movimiento pendular entre dos formas políticas de dominación burguesa**: la república parlamentaria o el bonapartismo militar.

No casualmente, diez años antes que Santucho, en *Guerra de guerrillas: un método* (1963), el Che Guevara había planteado que: “*Hoy por hoy, se ve en América*

²² Véase Carlos Ramil Cepeda [seudónimo]: *Crisis de una burguesía dependiente. Balance económico de la Revolución argentina 1966-1971*. Bs.As., La Rosa Blindada, agosto de 1972. El autor, en su primera juventud proveniente del Partido Comunista argentino y, luego, con crecientes simpatías hacia las posiciones prochinas, trabajó durante la década del '60 en Cuba, como asesor en el área del Ministerio de Industrias (allí mantuvo opiniones divergentes a las promovidas por el Che Guevara). De regreso a la Argentina, luego de publicar *Crisis de una burguesía dependiente*, es convocado por Santucho para discutir las tesis del libro. En ese encuentro, según su testimonio posterior, le planteó a Santucho fuertes críticas sobre las posiciones políticas del PRT. A pesar de ello, el dirigente guevarista encontraba en dicho texto la confirmación de muchos de sus análisis, sobre los dilemas irresueltos, a largo plazo, del capitalismo argentino y sus clases dominantes.

²³ Ediciones *El Combatiente*, 23 de agosto de 1974.

²⁴ Publicado en *Che Guevara* N°1, Revista de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), noviembre de 1974.

un estado de equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La denominamos con la palabra oligárquica pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes [...] Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular”.

Cabe aclarar que cuando el Che emplea la expresión “dictadura oligárquica”, como él mismo afirma, no está pensando en una dictadura de los terratenientes y propietarios agrarios tradicionales a la que habría que oponer una lucha “democrática” o un “frente nacional” modernizador, incluyendo dentro del mismo no sólo a los obreros, campesinos y capas medias empobrecidas, sino también a la denominada “burguesía nacional”. De ningún modo. El Che es bien claro. Lo que existe en América Latina es una alianza objetiva entre los terratenientes “tradicionales” y las burguesías “modernizadoras”. La alternativa no pasa entonces por oponer artificialmente tradición versus modernidad, terratenientes versus burguesía industrial, oligarquía versus frente nacional. Su planteo es muy claro: “No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”.

En el pensamiento político del Che, la república parlamentaria, aunque fruto arrancado a las dictaduras militares como resultado de la lucha y la presión popular, sigue siendo una forma de dominación burguesa.

El Che atribuye tanta importancia al análisis del equilibrio inestable entre ambos polos pendulares (la dictadura oligárquica, basada en la alianza de terratenientes y burgueses “nacionales”, por un lado, y la presión popular, por el otro) como Santucho al estudio de las dos formas políticas alternativas de dominación de la burguesía argentina.

Ni Guevara ni Santucho plantean como alternativa ni como consigna: “democracia o dictadura”. La alternativa consiste en continuar bajo dominación burguesa en sus diferentes formas o la revolución socialista. Por ello, en *Guerra de guerrillas: un método*, el Che alertaba que: “No debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. **Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletos que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario**”.

Intentando ser consecuente con este tipo de planteos radicales, cuando Santucho se propone explicar las **diversas formas políticas de dominación** que, en forma pendular, emplea la clase dominante argentina, su formulación específica es: o república parlamentaria (que no equivale a democracia..., como aclara el Che) o bonapartismo militar.

¿En dónde se inspiró Santucho para formular esta hipótesis? Obviamente su inspiración inmediata es el Che Guevara. Ahora bien, su formulación más general, la extrae de un libro de Carlos Marx. Éste escribió, entre diciembre de 1851 y marzo de 1852, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Allí Marx propone una hipótesis política: en Francia, luego de la derrota de la revolución de 1848, un dictador encabeza un golpe de Estado y permanece dos décadas al frente del gobierno francés. Este dictador era un personaje secundario, rodeado de lúmpenes, que gracias al liderazgo del Ejército se convierte en determinado momento de Francia en una especie de “árbitro” de los conflictos sociales. Una especie de “juez equidistante”, que viene a solucionar y a moderar los conflictos. Entonces, como este personaje – que Marx detestaba – se llamaba Luis Bonaparte (sobrino de Napoleón) la

tradición marxista, empezando por Marx y de ahí en adelante, convirtió en categoría teórica ese análisis político y lo transformó en el concepto de “bonapartismo”.

En su análisis de Luis Bonaparte y de la situación francesa de aquel período, Marx plantea elementos fundamentales de su teoría política. Allí sugiere que la lucha de clases nunca se produce entre clases homogéneas, como por momentos sugiere *El Manifiesto del Partido Comunista* (1848). En realidad, en una formación social concreta, las clases se fraccionan en la lucha, se realizan alianzas entre ellas y se establecen formas de representación política cambiantes según la coyuntura.

Por otra parte, en *El 18 Brumario* Marx plantea que la mejor forma de dominación política de la burguesía, la más eficaz, es “la república parlamentaria”. Para Marx república parlamentaria no es sinónimo de democracia, como sugiere la filosofía política del liberalismo. La república parlamentaria no garantiza “la libertad” sino que constituye una **forma de dominación**. A diferencia de la monarquía o de la dictadura militar (donde un solo sector de la burguesía domina) en la república parlamentaria es el conjunto de la burguesía el que ejerce su dominio a través del Estado y sus instituciones “representativas”. Según Marx, la república parlamentaria licúa los intereses particulares de las distintas fracciones de la burguesía, alcanzando una especie de “promedio” de todos los intereses de la clase dominante en su conjunto y, de este modo, logra una **dominación política general**, esto es: anónima, impersonal y burocrática.

En *El 18 Brumario* Marx también agrega que, cuando la situación política “se desborda” por la indisciplina y la rebelión popular, la vieja maquinaria republicana (con sus partidos, su Parlamento, sus jueces, su prensa “independiente”; en suma: con todas sus instituciones) ya no alcanza para mantener la dominación. En esos momentos de crisis aguda, los viejos partidos políticos de la burguesía ya no representan a esa clase social. Quedan como “flotando en el aire” y girando en el vacío. Entonces, emerge otro tipo de liderazgo político para representar a la clase dominante: la burguesía deja de estar representada por los liberales, los constitucionalistas o los republicanos y pasa a estar representada por el Ejército y las Fuerzas Armadas que, de este modo, se constituyen en “El Partido del Orden”. El Ejército, entonces, aparece en la arena política como si...fuera a equilibrar la situación catastrófica, pero en realidad...viene a garantizar la reproducción de la **dominación política** de la burguesía.

Mario Roberto Santucho se apropia lúcidamente de este análisis político de Marx y trata de utilizarlo para comprender la compleja historia política de nuestro país y también la situación argentina de los años ‘70.

Conviene destacar el modo cómo Santucho analiza a las Fuerzas Armadas, ese gran protagonista de nuestra historia política. ¿Cómo visualiza Robi a las Fuerzas Armadas? Pues sostiene que son un Partido Militar. Esto resulta sumamente importante. En ningún momento Santucho sostiene que son simplemente un grupo de “bandoleros adictos a las balas” o mercenarios sin ideología. De ninguna manera. En la óptica del PRT, las Fuerzas Armadas son... un partido político. Un partido que viene a reemplazar al clásico -por definición- partido político burgués. Esta es una hipótesis sociológica e historiográfica sumamente importante para comprender la óptica política de Santucho.

Roberto Santucho se hace cargo de esa hipótesis y plantea que, en Argentina, las Fuerzas Armadas vienen a reemplazar ese partido burgués ausente, porque el partido burgués en Argentina no puede dar cuenta de la situación política. Entonces, Robi –que inicialmente está pensando en el papel jugado por la dictadura militar del general Onganía [dictador que lidera el golpe de Estado de 1966] - prolonga el alcance de esa hipótesis y también analiza al peronismo como “bonapartismo”.

Peronismo y bonapartismo

Hay que reflexionar detenidamente sobre esta diferencia: sostener que el peronismo es una subespecie de bonapartismo es algo muy diferente a lo que planteaba, por ejemplo, Victorio Codovilla [líder histórico del Partido Comunista Argentino desde 1928 hasta su muerte en 1970]. Codovilla, en un folleto famoso del año 1946 titulado “Batir al Nazi-Peronismo”, sostenía que: “el peronismo es fascismo”.

Robi Santucho tiene una visión un poco distinta, mucho más matizada. Por eso no cae en ese “gorilismo de izquierda”. Pero... tampoco acepta las posiciones de Rodolfo Puiggrós [historiador comunista que, en la segunda mitad de los años '40, se hace peronista y, durante los '60 y '70, se convierte en uno de los principales intelectuales de la izquierda peronista], de Abelardo Ramos [uno de los principales intelectuales -de origen trotskista- que adhieren al peronismo, constituyendo la corriente política e historiográfica autobautizada como “izquierda nacional”], o de otros. ¿Qué decían Puiggrós, Ramos, Hernández Arregui y otros ensayistas peronistas? Pues que “el peronismo es «LA Revolución» (con mayúsculas) en la Argentina”.

Según el análisis de Santucho...el peronismo no es ni revolución, ni nazismo, sino... bonapartismo. Es decir: está liderado por una figura militar fuerte, que aparece como “árbitro” entre las clases sociales y viene a “poner orden”...aunque, siempre en última instancia, termina poniendo orden...para el mismo lado. Para la derecha, para la burguesía, para el statu quo.

Antonio Gramsci, para explicar los mismos fenómenos de crisis económica y política (englobados bajo el concepto de crisis orgánica), pensando en situaciones donde las clases sociales se separan de sus viejos partidos políticos y la burguesía comienza a ser representada por el Partido Militar, utiliza una categoría emparentada con la de “bonapartismo”. Gramsci emplea el concepto de “cesarismo”.

En Marx, la categoría de “bonapartismo” siempre tiene un contenido negativo. Para Gramsci, en cambio, puede haber un “cesarismo” progresivo o regresivo, según contribuya a hacer avanzar, o no, a los sectores populares en las relaciones de fuerzas. A diferencia de Marx, León Trotsky, en su exilio mexicano de fines de los años '30, utiliza en el mismo horizonte de Antonio Gramsci esta visión donde puede haber un “bonapartismo progresivo” o “regresivo”, según contribuya, o no, a la lucha de clases. Explícitamente, Trotsky utiliza la categoría de “bonapartismo progresivo” para referirse al gobierno populista de Lázaro Cárdenas, ya que, a pesar de ser un gobierno burgués, para enfrentar al imperialismo y nacionalizar el petróleo mexicano, Cárdenas se apoya en los sectores populares y en la clase obrera mexicana. Abelardo Ramos apela a este análisis de Trotsky para caracterizar como “bonapartismo” al peronismo, en un sentido positivo y apologético; mientras que Silvio Frondizi –mucho más afín al análisis de Marx– emplea el término en su significado negativo, para cuestionar el carácter supuestamente “progresista” de la burguesía nacional argentina y del peronismo.

Mario Roberto Santucho utiliza la categoría de “bonapartismo” en la misma perspectiva de Silvio Frondizi, con un fuerte contenido crítico, y recurriendo a un tipo de análisis político que bebe directamente en las fuentes de *El 18 Brumario*. Pero no sólo lo emplea para explicar la aparición del peronismo histórico –el del primer peronismo de la década del '40– sino también para describir la emergencia recurrente de los militares argentinos a lo largo de toda nuestra historia como el “Partido del Orden”, en tanto Partido Militar. Es decir, en tanto auténtico partido político orgánico de la burguesía argentina.

Todo esto, en cuanto al análisis de Santucho sobre qué sucede con el bloque político y social de “los de arriba”, de las clases dominantes y sus formas de dominación...

El desafío de la unidad de «los de abajo»

Ahora bien, ¿qué ocurre con “los de abajo”? Al observar el capitalismo argentino “desde abajo”, desde sus clases explotadas, Robi recorre la historia de los trabajadores y plantea los orígenes del movimiento obrero clasista en nuestro país. Identifica tres corrientes: (a) el anarquismo, que inicialmente fue la más importante, (b) el socialismo y (c) el comunismo. **Santucho y el PRT se hacen cargo de la tradición comunista.** Se sienten parte constitutiva de una continuidad. Es decir, que Robi reivindica al comunismo hasta un determinado período de la historia. A partir de ahí, el comunismo pierde la hegemonía sobre el movimiento obrero local, desdibuja su política revolucionaria, diluye su clasismo y aparece en el seno de las clases subalternas, el peronismo.

Entonces, a partir de ese análisis retrospectivo, Santucho sostiene cuáles serían los dos principales desafíos presentes y futuros del movimiento popular:

- a) Por un lado, **el populismo.** Santucho también lo denomina “nacionalismo burgués”, ideología que consiste en confundir a toda la Nación como si fuera parte del pueblo, incorporar a la burguesía nacional como parte del pueblo, pensando, erróneamente, que el enemigo está solo fuera del país. El principal exponente del populismo, dentro del campo popular y progresista, era en su opinión de los años ‘70, la corriente de Montoneros.
- b) Por otro lado, **el reformismo.** Esta ideología y esta práctica política consiste en plantearse reformas progresistas, incluso muy profundas y avanzadas, sin cuestionar a fondo y sin plantearse como tarea central el problema del poder y del régimen de dominación política. Robi lo encuentra y lo identifica principalmente en el Partido Comunista.

En su opinión, el debate ideológico del guevarismo del PRT debería apuntar, cuestionando el populismo y el reformismo, a acercar a peronistas revolucionarios y a comunistas hacia una perspectiva de unidad y acción común, antimperialista y por el socialismo.

Este tipo de análisis no queda reducido a una radiografía fija de la sociedad argentina. No es una tesis académica, sino la base de sustentación de la actividad militante de una corriente política.

Luego de las rupturas, primero con la corriente de Nahuel Moreno, a continuación con las tendencias “neo-morenistas”, más tarde con la IV Internacional y finalmente, con las corrientes más afines al camporismo, Santucho intenta profundizar su perspectiva política guevarista.

En su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, el Che Guevara había reclamado: *“Es el camino de Vietnam, es el camino que deben seguir los pueblos, es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como **Juntas de Coordinación** para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa”.* Siguiendo puntualmente ese consejo político del Che, a fines de 1973 el PRT-ERP de la Argentina, el MIR de Chile, el ELN de Bolivia y el MLN-Tupamaros de Uruguay comienzan a trabajar en una organización común que los agrupe. A comienzos de 1974, lanzan públicamente la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), nucleamiento

guevarista internacionalista del Cono sur latinoamericano que se propone luchar por la revolución continental.

Ya desde su nacimiento, nos encontramos con el planteo político según el cual estas cuatro organizaciones sostienen que *“nos une la comprensión de que no hay otra estrategia viable en América latina que la estrategia de la guerra revolucionaria. Que esa guerra revolucionaria es **un completo proceso de luchas de masas**, armado y no armado, pacífico y violento, donde todas las formas de lucha se desarrollan armónicamente convergiendo en torno al eje de la lucha armada”*.

En el primer documento conjunto que publican, las cuatro organizaciones trazan una breve y apretada síntesis histórica de las luchas populares y del marxismo en América Latina²⁵. En ella señalan que el comunismo, el socialismo y el anarquismo de las primeras décadas del siglo XX, junto con las luchas antimperialistas, como la de Sandino en Nicaragua y la insurrección del Partido Comunista de El Salvador de 1932, conformaron *“un formidable **auge de masas** que puso en jaque la dominación neocolonial homogeneizada por el imperialismo yanqui, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo”*.

Durante las décadas siguientes, según este relato, en la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos terminó predominando el reformismo mientras las burguesías nacionales apelaban ideológicamente al nacionalismo burgués, para estabilizar el sistema neutralizando el descontento de las masas. A lo largo de todo ese período, los sectores populares perdieron fuerza e iniciativa en la lucha de clases continental, hasta que, **a partir de la revolución cubana**, *“los pueblos del continente vieron fortalecida su fe revolucionaria e iniciaron una nueva y profunda movilización de conjunto”*.

En este tipo de lectura de la historia de América Latina, el peronismo es analizado críticamente. Las razones de ese cuestionamiento residen en la combinación peronista de antimperialismo verbal (en alguna medida, heredero del APRA), de la famosa “tercera posición” (ni capitalismo ni socialismo) y del *“truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario”* (una obvia alusión al papel asumido por el general Perón, a su regreso del exilio español, en tanto freno de la insurgencia y de la radicalización masiva de la juventud argentina). En semejante evaluación se deja escuchar el eco del pensamiento político que Santucho venía promoviendo al interior de la izquierda de nuestro país.

La convergencia de estas cuatro organizaciones hermanas de Chile, Bolivia, Uruguay y Argentina expresa, hasta qué punto, el ejemplo de la revolución cubana penetra en el corazón de la juventud de América Latina.

De todas las corrientes políticas argentinas que vibraron con ese ejemplo continental, la nueva izquierda guevarista, liderada por Mario Roberto Santucho, representa uno de los intentos más radicales y profundos por actualizar la tradición latinoamericana del marxismo revolucionario, representado en los años '20 por Mariátegui y Mella y en los '60 por el Che Guevara.

A casi tres décadas de la muerte de Santucho y cuando muchos de sus compañeros y compañeras se encuentran desaparecidos, poner fin a su demonización resulta impostergable.

Debemos vencer el miedo que nos han inculcado desde la infancia. Para comenzar a dialogar y a recuperar la herencia de aquellos que nos precedieron, debemos intentar conocer y estudiar seriamente esta tradición de pensamiento político. Ése es el único camino para que las nuevas luchas no tengan que crecer de cero, desnudas y

²⁵ Cfr. “A los pueblos de América Latina”. Publicado en *Che Guevara* N°1, Revista de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), noviembre de 1974.

huérfanas. Para que empecemos a preguntarnos, de una buena vez, de dónde venimos, quiénes somos y, sobre todo, porque es lo que más interesa, hacia dónde queremos ir.